



unánimes

Estudios bíblicos

P: Carta a los Efesios

10.- La unidad del Espíritu



unánimes

Estudios Bíblicos

P.10.- La unidad del Espíritu

1. El texto

Efesios 4:1-10

Yo, pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados: con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, procurando mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz: un solo cuerpo y un solo Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos y por todos y en todos.

Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo. Por lo cual dice:

«Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres».

Y eso de que «subió», ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra? El que descendió es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo.

2. Introducción

Es tan claro como la luz del día y admitido universalmente que esta sección, especialmente en los versículos de apertura, está haciendo hincapié en la unidad. Además, esta unidad no es externa ni mecánica, sino interna y orgánica. No es impuesta por autoridad exterior sino, por obra del poder de Cristo que mora en los creyentes, opera desde dentro del organismo de la iglesia. Por tanto, los que en su afán ecuménico anhelan borrar todos los límites denominacionales para crear una gigantesca súper-iglesia no encuentran apoyo alguno aquí. Por otro lado, tampoco lo pueden hallar los que exageran las diferencias y aun obstaculizan la cooperación eclesial cuando ésta es posible sin sacrificar ningún principio real.

Los primeros seis versículos podrían resumirse en la forma siguiente: la iglesia es espiritualmente una; por tanto, ¡que sea espiritualmente una! Esto no implica contradicción alguna puesto que significa que los creyentes deben “hacer todo el esfuerzo posible para preservar la unidad impartida por el Espíritu Santo mediante el vínculo de (que consiste en) la paz”.

Al contrario, es una unidad que tiene el propósito de constituirse en bendición de los unos para con los otros, de modo que la iglesia pueda ser edificada y así ser una bendición para el mundo. Hay trabajo que realizar. A fin de llevar a cabo la tarea asignada, los creyentes deben cooperar, contribuyendo cada uno con su parte al crecimiento interno de la iglesia.

3. **La excitativa**

Yo, pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados:

Pablo “el prisionero” fue fiel a su cargo, como lo demuestra el hecho de su prisión misma, consecuencia de su lealtad. Por tanto, él es el más calificado para instar a los lectores a ser igualmente fieles, esto es, a “vivir vidas dignas de su vocación”. Ojalá que su comportamiento esté a la altura de las responsabilidades que su nueva relación con Dios les ha impuesto y de las bendiciones que este efectivo llamamiento ha traído sobre ellos. En lo que respecta a estas responsabilidades, los lectores habían sido predestinados para adopción, de acuerdo con lo que dice el capítulo uno de esta carta. Por tanto, su obligación es comportarse en la forma que se espera de los hijos adoptados por el Padre celestial: creyendo sus enseñanzas, confiando en sus promesas y haciendo su voluntad. Y en cuanto a las bendiciones, éstas fueron descritas en los capítulos anteriores: elección, redención, el ser sellados, revivificados, reconciliados no sólo con Dios sino también con los que en otro tiempo fueron sus enemigos, teniendo libertad de acceso al trono de la gracia, etc. ¡Es indudable que se espera de ellos una vida de gratitud, abundando en buenas obras como fruto! Es como si Pablo dijese, “Si vosotros sois creyentes, y deseáis ser conocidos como tales, vivid como creyentes”.

4. **Humildad, mansedumbre y unidad**

...con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, procurando mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz:

4.1. **Humildad y mansedumbre**

Aunque no se puede pretender dar una lista completa de cualidades que los creyentes deberían revelar en sus vidas, la lista de Efesios presenta una amplia caracterización de esta nueva disposición y conducta.

Lo primero que se nombra es la humildad. Habiendo recibido bendiciones tan grandes cuyo verdadero valor no es expresable en palabras, es totalmente adecuado que los beneficiarios sean llenos de esta virtud básica de humildad. Observemos el énfasis: “toda humildad y mansedumbre”. La humildad ha sido llamada la primera, segunda, y tercera esencia de la vida cristiana. La mención de humildad conduce naturalmente a la de mansedumbre. El individuo manso es lento para insistir en sus derechos. Se da cuenta que ante la vista de Dios no tiene derechos por naturaleza. Todos sus derechos fueron recibidos por gracia. Y aunque frente a los hombres a veces debe exigir sus derechos, no por eso se apresura a entrar en riña por causa de ellos. Prefiere “sufrir” más bien el agravio antes que infligirlo.

Ejerce la paciencia. En la iglesia primitiva era muy necesario enfatizar esta virtud, en tiempos en que los creyentes sufrían incomprendimientos, aspereza y crueldad de parte de aquellos que no compartían su fe. Por ejemplo, no era fácil en manera alguna la situación de una esposa cristiana casada con un no creyente. Sin embargo, si su esposo quería vivir con ella en relación matrimonial, la esposa debía permanecer con él y procurar, por medio de su conducta piadosa, ganarle para Cristo. De esta manera, la gracia de la paciencia sería maravillosamente ilustrada en su vida. Esta gracia, no obstante, debía ser exhibida no sólo con respecto a los “de afuera” sino también con referencia a los creyentes de la congregación. Todos tienen sus faltas y debilidades. Que cada uno se diga a sí mismo entonces, “En vista de que Dios ha sido tan paciente conmigo, aun cuando ante sus ojos de santidad mis pecados sobresalen en forma mucho más clara que las faltas de mi hermano ante mis ojos, yo debo, sin lugar a dudas, ser paciente con mi hermano”.

La mención de la paciencia es seguida por la cualidad de soportar o ser indulgente. El apóstol dice literalmente al combinar las dos virtudes, “*soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor*”. La persona que soporta la ofensa trata de no darle importancia a ella. Se conserva firme, cabeza levantada, según lo implica la derivación de la palabra en el original, no se deja conmover, sino que se mantiene erguido y firme. También nosotros a veces usamos expresiones similares cuando decimos “debes aguantar, tolerar, su mal comportamiento”. No obstante, al decir esto nosotros no siempre le damos el significado que el apóstol tenía en mente. Nos podemos referirnos simplemente a sufrir una ofensa sin mostrar visible resentimiento, ¡aunque podríamos estar “hirviendo” en nuestro interior! Sin embargo, Pablo, muy equilibradamente combina la indulgencia de la cual habla con la disposición interna de amor. En todo lugar enfatiza esta virtud de afectividad, verdadero y tierno cariño hacia el hermano, el vecino, y aun hacia el enemigo, el noble esfuerzo en servirle y jamás perjudicarle en forma alguna. El capítulo más completo e impresionantemente conmovedor acerca del amor hacia todos es 1 Corintios 13. Para apreciarlo debidamente, Unánimes a publicado un estudio llamado “E07.- El amor”. Recomendamos enfáticamente su lectura.

4.2. La unidad

Ahora bien, si con la ayuda del Espíritu Santo y la oración, alguien se esfuerza verdaderamente en conducirse así de modo que su vida resplandezca con estas virtudes, la unidad, de la cual Pablo hablará en seguida será verdaderamente promovida. La unidad espiritual indicada aquí es un requisito indispensable para adelantar la salud y felicidad de la iglesia, para promover la causa de las misiones y para ganar la victoria sobre Satanás y sus aliados. No viene por sí sola sino que es resultado de esfuerzo y oración; esfuerzo, puesto que el apóstol dice en esta y otras cartas, “haciendo todo es-

fuerzo”, “siendo diligente”, “poniendo el mayor empeño”, y haciéndolo constantemente. Se trata de la unidad de judíos y gentiles, según fue enfatizado por Pablo en esta carta, de propósito muy elevado y de afecto verdadero.

Esta unidad es promovida por la paz. Aquí en Efesios el apóstol se ha referido ya a ella anteriormente; y lo hará otra vez más adelante. Cuando existe contienda hay falta de unidad. Por otro lado, la paz promueve la perpetuidad de la unidad. De ahí que, después de todo, no hemos de sorprendernos cuando Pablo escribe, “*procurando mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz*”. Este vínculo o lazo que une a los creyentes es la paz, tal como en Colosenses 3:14 es el amor. Esto no encierra ninguna contradicción, puesto que es justamente el amor el que hace posible la paz. De ahí que tanto aquí como en Colosenses, el amor y la paz se mencionan en estrecha sucesión. Por cierto, si es correcto decir que la estabilidad del techo depende en cierto sentido del fundamento que sostiene toda la superestructura, luego es correcto también decir que la estabilidad del techo depende de la seguridad de los muros que directamente lo sostienen. Y siendo que especialmente en Efesios el apóstol se preocupa tan detalladamente de la paz establecida entre Dios y el hombre, produciendo así la paz entre judíos y gentiles, resulta perfectamente natural que aquí hable de la paz como el vínculo. Cualquiera sea el sentido en que se prefiera tomar, la paz espiritual es siempre el don del amor. Da como resultado la unidad.

5. Las tríadas

La exhortación para que los lectores vivan en amor y unidad es seguida por una descripción de esta unidad. En esta descripción la unidad y todas aquellas características relacionadas con ella se consideran primero derivadas del Espíritu, que ha entrado a morar en los corazones de los creyentes; de allí retrocede al Señor (Jesucristo), cuyo sacrificio vicario ha hecho posible el don del Espíritu y, finalmente, va hasta Dios el Padre, que ha dado a su Hijo y quien, junto con el Hijo, fue también el Dador y el que envió el Espíritu.

5.1. La primera tríada

...un solo cuerpo y un solo Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación;

En relación estrecha con el Espíritu se mencionan otros dos elementos de unidad cristiana, haciendo tres en total: “un cuerpo, un Espíritu, una esperanza”. Igualmente, en relación con el Señor, se agregan dos más, resultando otra vez una tríada: “un Señor, una fe, un bautismo”. El Padre se menciona en forma separada, ya que las seis que ya han sido mencionadas tienen su origen en Él, en el sentido de que todo lo que esté asociado con el Espíritu y con el Hijo debe, necesariamente, estar también asociado con el Padre, puesto que Él “está sobre todos y por todos y en todos”. En consecuen-

cia, lo que aquí tenemos es una séptuple descripción de una triple unidad, una declaración del carácter de la unidad cristiana y de su fuente trinitaria.

Por supuesto, el “un” cuerpo es la iglesia constituida por judíos y gentiles, la “una” familia en el cielo y en la tierra. Aunque en un sentido somos muchos, no obstante, somos un cuerpo en Cristo. Hay un solo pan, un cuerpo. Además, este cuerpo o iglesia no es de origen terrenal ni una institución de hechura humana sino producto del Espíritu Santo; de ahí que es, “un cuerpo y un Espíritu”. La urgente invitación del evangelio (el llamado externo) ha sido aplicada a los corazones de los efesios por medio del Espíritu, produciendo el llamado interno o eficaz. Su llamado les brindó esperanza, una esperanza firmemente arraigada en las promesas de Dios que no pueden fallar. Fue la esperanza de recibir la herencia entre los santos en la luz, como recompensa bondadosa de Dios por una vida consagrada a Él. Creo que la razón principal de porqué este llamado les llenó de esperanza fue que la posesión misma del Espíritu en sus corazones constituía una prenda anticipada de su herencia y como tal, una promesa o garantía de la gloria venidera, gloria que llegaría no sólo al separarse el alma del cuerpo sino especialmente en el gran día de la consumación de todas las cosas al regreso de Cristo. Los frutos que el Espíritu, que mora en y santifica a los creyentes, estaba otorgándoles eran “las primicias”, un goce anticipado de un futuro e inefable deleite.

El Espíritu, en el proceso mismo de impartir a los efesios el llamado eficaz, produjo en ellos también la unión, de modo que llegaron a ser un organismo espiritual como dicen las Escrituras: “Porque por un mismo Espíritu todos nosotros fuimos bautizados para ser constituidos en un solo cuerpo, así seamos seamos judíos o griegos, así seamos seamos siervos o libres y a todos se nos hizo beber de un mismo Espíritu”. Tal como el cuerpo humano está enteramente impregnado por su espíritu y por eso es uno y puede funcionar como unidad, cooperando los miembros entre sí, así sucede también con la iglesia que, al morar en ella el Espíritu y siendo totalmente influenciada por Él, constituye un solo organismo y funciona como tal.

5.2. La segunda tríada:

...un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo,

Este Señor es “el Señor Jesucristo”. Es nuestro Señor en el sentido de que habiéndonos comprado le pertenecemos. Él es nuestro dueño, nos ama, nos cuida y nos protege. Aceptamos su señorío, le reconocemos como nuestro Libertador y Soberano, confiamos en Él, le obedecemos, le amamos y le adoramos como Dios. Seamos judíos o gentiles, esclavos o libres, hombres o mujeres, así sea que estemos en el cielo o todavía en la tierra, todos confesamos al único Señor como nuestro.

Le abrazamos con una fe. ¿Qué se quiere significar por esta única fe? ¿Es acaso la fe en el sentido objetivo, cuerpo de doctrina, credo y frecuentemente en las Epístolas Pastorales) o es la fe en su sentido subjetivo, confianza en nuestro Señor Jesucristo y en sus promesas? Existe entre los comentaristas gran diversidad de opiniones con respecto a este problema. Creemos que son ambas pues una se basa en la otra. La fe debe ser la bíblica que fue predicada por Jesús y sus apóstoles... no hay otra. Es una fe que no es temporal sino de confianza genuina, por medio de la cual nos entregamos al único Señor Jesucristo. No podemos separar lo subjetivo de lo objetivo: cuando alguien se rinde a Cristo como su Señor, está aceptando al mismo tiempo el cuerpo de doctrina en relación con Él. El hecho de que la fe se mencione inmediatamente después de Señor y que sea seguida inmediatamente por bautismo, todo en una muy breve oración, parecería indicar que la tríada es una unidad estrechamente entrelazada (lo que es verdad también con respecto a la primera tríada. En consecuencia, es mejor considerar toda la oración como expresión de un solo hecho fundamental: ‘un Señor en quien todos creemos y en cuyo nombre hemos sido bautizados’”.

Creemos en un solo bautismo, el practicado por los apóstoles y descrito en el Nuevo Testamento. No hay discusión posible alrededor de este hecho. La palabra bautismo es un vocablo traducido del griego “baptizō”. Originalmente esta palabra se utilizaba para describir cómo, para teñir ropa, esta se debía sumergir en la tinta. Para más información sobre este tema ver el estudio de Unánimes: “B.-5 Las ordenanzas de Jesús”.

Con el objeto de mostrar la unidad dentro de la Trinidad como base fundamental de la unidad de la iglesia, el apóstol, volviéndose ahora al Padre, escribe,

6. Nuestro Padre

...un solo Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos y por todos y en todos.

El énfasis aquí está en la paternidad redentora. La primera persona de la divina Trinidad es nuestro Padre en Cristo. Él es “el Padre de quien toda la familia en el cielo y en la tierra recibe su nombre”. Por cierto, como nuestro Padre Él es también nuestro Creador, puesto que es el creador de todas las cosas. Este hecho hace que la paternidad se destaque en forma aún más maravillosa en la esfera de la redención. Dios volvió a crear lo que ya había creado, de modo que le pertenecemos en sentido doble y por tanto le debemos con mayor razón toda nuestra devoción.

Pero el énfasis está puesto aquí en su paternidad con relación a la familia de los creyentes, lo cual es evidente no sólo por el hecho de que tal es el sentido predominante del uso del término Padre en Efesios sino también por el contexto inmediato. La primera persona de la

Trinidad es, por tanto, Padre de todos, vale decir, de todos aquellos que pertenecen a la familia de la fe. El que éstos sean convertidos de origen judío o gentil no tiene importancia, pero sí que sean convertidos. Como tal tiene con todos sus hijos una relación triple: Como Padre está “sobre todos”, porque ejerce control sobre todos. Está, no obstante, también “por todos”, puesto que nos bendice a todos por medio de Cristo nuestro Mediador. Y está “en todos”, porque nos atrae hacia su corazón en el Espíritu. Es así como las tres hebras forman un solo hilo, y percibimos que el Espíritu en quien está centrado el texto, y el Señor (Jesucristo), no deben ser considerados entidades separadas. Adoramos a un Dios, no a tres dioses. Aunque es cierto que las Escrituras atribuyen la elección especialmente al Padre, la redención especialmente al Hijo, y la santificación especialmente al Espíritu, no obstante, en cada uno de estos aspectos cooperan los tres. Nunca obran con propósitos conflictivos. Como a menudo se ha recalcado, el Padre ideó nuestra salvación, el Hijo la ejecutó, el Espíritu la llevó a cabo en nosotros. Además, la unidad en diversidad que pertenece a la Trinidad es la base de la unidad esencial en medio de la variedad circunstancial que caracteriza a la iglesia, y a la cual seguidamente Pablo dirige la atención.

7. Dones y gracia

Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo.

El apóstol se ha preocupado en detalle de la unidad de la iglesia. Tal cosa era necesaria, puesto que es únicamente cuando la iglesia reconoce su unidad y se esfuerza más y más en preservarla, cooperando cada miembro con todos los demás, que el evangelio avanzará con poder entre las naciones, la iglesia misma se regocijará, Satanás temblará, y el nombre de Dios será glorificado. Sin embargo, esta unidad permite la diversidad de dones entre los muchos miembros de este cuerpo único. En realidad, esta misma diversidad, lejos de destruir la unidad, la promoverá si se usa correctamente. El uso correcto del don, es decir, de la dotación particular que Dios en su gracia ha otorgado a alguien, implica lo siguiente:

- a. que el agraciado lo reconocerá sin lugar a dudas como un don y no como resultado de su propia habilidad o producto de su ingenio;
- b. que considera su don como uno entre muchos y limitado en su alcance, un don con medida; y
- c. que será diligente para usarlo no para su propia gloria sino en beneficio de todo el cuerpo y así para la gloria de Dios.

El mejor comentario sobre este versículo es lo que el mismo Pablo escribe en 1 Corintios 12, todo el capítulo. Allí él declara: “Mas hay diversidad de dones, pero uno mismo es el Espíritu: y hay diversidad de ministerios, pero uno mismo es el Señor; y hay diversidad de operaciones, mas el mismo Dios es el que obra todas las cosas en todos”. Y en forma muy significativa añade, “A cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para el provecho

de todos”. Parece que en la iglesia primitiva, como también hoy en día, existía un doble peligro:

- a. que aquellos que habían recibido dones muy especiales tendían a sobreestimar su importancia, los atribuían a ellos mismos y no los usaban para el beneficio de toda la iglesia; y
- b. que los que no habían sido dotados en forma tan notable parecían sentirse desalentados, pensando que no eran útiles en la iglesia.

No solamente Pablo reaccionó contra este verdadero peligro, también lo hizo Santiago con sentido ligeramente distinto: “Gloríese el hermano de baja condición en su alteza; el rico empero, en su bajeza ...”. El verdadero aliento y la lección gloriosa para cada cual deben ser siempre: “he recibido mi don, sea éste grande o pequeño, de Cristo mismo. Debo usarlo, por tanto, como Él lo requiera. El Dador no me fallará al usar mi don para el beneficio de todos”.

¿Pero será acaso realidad que aquel Jesús que una vez anduviera sobre la tierra sea ahora tan eminente, tan glorioso y tan ricamente investido de autoridad que sea capaz de otorgar sus dones a la iglesia y a sus miembros en tan profusa cantidad? En respuesta a esta pregunta el apóstol escribe acerca del Cristo ascendido y los dones que otorgó y que aún está otorgando. Lo que se dice a continuación debe tomarse realmente como una unidad. Sin embargo, siendo que la referencia a la ascensión de Cristo y sus implicaciones se hallan especialmente en los versículos siguientes, éstos entonces los estudiaremos primero.

8. La ascensión

«Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres».

Y eso de que «subió», ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra? El que descendió es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo.

Por dirección del Espíritu Santo Pablo cita un pasaje en los Salmos que tiene relación con el presente tema:

Salmos 68:18

Subiste a lo alto, tomaste cautivos.

Tomaste dones de los hombres, también de los rebeldes, para que habite entre ellos Jah Dios.

No pretende citarlo literalmente sino más bien, como ocurre a menudo en tales casos, aclarar un pasaje mostrando como lo que se dice en el salterio concerniente a Dios halla su cumplimiento en Cristo. Si tenemos presente el carácter típico de la antigua dispensación, el hecho de que “el Nuevo Testamento explica al Antiguo”, de modo que no estamos frente

a dos Biblias sino a una Biblia inspirada por el mismo autor original, el Espíritu Santo, no nos será posible hallar defecto alguno en este método.

Bajo la dirección del Espíritu Santo Pablo tiene todo derecho para hacer esta aplicación, puesto que el vencedor recibe los despojos con el propósito de repartirlos. Al ascender Cristo al cielo, no volvía con las manos vacías. Al contrario, como resultado de su obra de mediación realizada volvió al cielo triunfante, siendo totalmente dueño de la salvación para su pueblo. Este pueblo estaba en su procesión triunfal. Eran cautivos en fila, como si estuvieran encadenados a su carro. Era una gran hueste de cautivos. Entre ellos estaba Pablo, destinado juntamente con los demás a esparcir por todo el mundo la fragancia del evangelio. ¡Gracias sean dadas a Dios! Ahora bien, Cristo recibió a fin de dar. Había ganado con el fin de otorgar. Recibió a estos cautivos con el propósito de darlos al reino, para la obra del reino. Razones para adoptar esta interpretación:

- a. La costumbre muy extendida de que el victorioso dividía los despojos se reconoce también en las Escrituras. ¿Acaso David no recibió despojos para repartirlos con cada conquista que lograba? Los enemigos de Israel, también, tenían la costumbre de dividir los despojos, primero tomándolos y después distribuyéndolos.
- b. Isaías 53:12 dice con referencia al Mesías venidero, “y con los fuertes repartirá los despojos”.
- c. De acuerdo con Hechos 2:33 Pedro en el día de Pentecostés recuerda en forma bien específica a los que le oían que “habiéndolo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, él (Cristo) ha derramado lo que veis y oís”.
- d. El Salterio dice, “Has dado dones a los hombres”. A la raíz de esta interpretación debe haber habido una tradición muy antigua. Ahora el targum explicó las palabras del salmista como refiriéndose a Moisés, el cual recibió la ley en Sinaí a fin de darla al pueblo de Israel. De todos modos, el recibir implica el dar.
- e. Esta explicación se ajusta al contexto presente en el cual los apóstoles, profetas, evangelistas, etc., se describen como los dones de Cristo ascendido a la iglesia.

Cuando Pablo añade esta expresión, “ascendió”, ¿qué puede significar sino que había (previamente) descendido ...?” La lógica no salta a la vista de inmediato. Un ascenso no presupone necesariamente un previo descenso. Por ejemplo, el hecho de que Elías ascendiera al cielo no significa que él haya antes descendido del cielo. La solución se basa en el hecho de que Pablo no está estableciendo una regla general, sino que se está refiriendo a Cristo y diciendo que en su caso implica un (previo) descenso. Esto es así, puesto que, según hemos visto, la ascensión de Cristo fue gloriosa. Recibió la bienvenida al cielo de parte de su Padre y a su entrada a la gloria todo el cielo se regocijó. Ahora bien, esta ascensión por medio de la cual Él, siendo vencedor sobre Satanás, el pecado y la muerte, volvió a entrar al cielo con todos los méritos de su sacrificio expiatorio jamás habría sido posible si no hubiese descendido de las glorias del cielo a la vergüenza y sufrimiento del mundo. Es sencilla-

mente otro modo de decir que la exaltación de Cristo fue el resultado de su humillación, humillación tan profunda e indescriptible que el apóstol la caracteriza diciendo que “descendió a las regiones más bajas que la tierra”. Esta expresión está en contraste directo con “más alto que todos los cielos”. Las dos expresiones se pueden entender solamente cuando se examinan en relación la una con la otra. Y deben ser consideradas así pues corresponden a la misma persona: “El que descendió es el mismo que también ascendió más alto que todos los cielos”. Pablo es el mejor comentarista de sus propias palabras. Provee este comentario en Filipenses 2:5–11: “Se vació a sí mismo ... y se hizo obediente aun hasta la muerte; sí, y muerte en la cruz. Por lo cual Dios lo exaltó hasta lo sumo”, etc.

Para los creyentes de toda época es verdaderamente un aliento saber que aquel que ascendió más alto que todos los cielos, expresión que no debe tomarse en el sentido meramente literal sino expresando majestad y exaltación a la diestra del Padre de modo que reina sobre todo el universo y sobre toda criatura, es siempre el mismo Jesús, lleno del mismo tierno amor y comprensiva preocupación que exhibió cuando en la cruz del Calvario descendió a regiones más bajas que la tierra, es decir, a la experiencia de las bajísimas profundidades, las agonías mismas del infierno. Agreguemos a ésta la igualmente alentadora verdad de que cuando Él regrese en las nubes de gloria será aún “este mismo Jesús” la amante y única cabeza que gobierna a la iglesia única. ¡Qué notable incentivo para el espíritu de unidad que debe reinar entre todos los miembros de la iglesia!

Pablo concluye este desarrollo sobre la humillación de Cristo y su consecuente exaltación añadiendo que el propósito fue “a fin de que pudiera llenar todas las cosas”.

Como resultado del descenso al infierno del Calvario donde realizó la expiación por el pecado, que sirvió como evidencia del hecho que la expiación había sido totalmente aceptada, Cristo, como el ya exaltado Mediador, llena todo el universo con “bendiciones” o, si se prefiere, con “dones”, los mismos dones que había ganado: salvación plena y libre y los servicios de aquellos que lo proclaman; como los apóstoles, profetas, evangelistas, etc. Aquí, también es mejor dejar que Pablo sea su propio intérprete. Él ya ha llamado a Cristo, Aquel “que lo llena todo en todos”, lo cual se ha interpretado como significando, en parte, que con miras a su programa universal Cristo llena su iglesia con sus generosos dones.

9. Conclusión

Con este capítulo empieza la segunda parte de esta carta. En los primeros tres capítulos, Pablo ha tratado de las grandes y eternas verdades de la fe cristiana, y de la misión de la Iglesia en el plan de Dios. Ahora empieza a tratar de cómo debe ser cada miembro de la Iglesia para que esta lleve a cabo su parte en este plan.

El pensamiento central de la carta es que Jesús ha traído un camino, el camino de la unidad al mundo desunido. Este camino es por medio de la fe en Él y es la misión de la Iglesia el proclamarle este mensaje a todo el mundo. Y ahora Pablo vuelve al pensamiento del carácter que debe tener el cristiano si la Iglesia ha de cumplir su gran tarea de ser el instrumento de la reconciliación universal de Cristo entre hombre y hombre y del hombre con Dios en el mundo.

Los primeros tres versículos relucen como joyas. Aquí tenemos cinco de las palabras más grandes de la fe cristiana:

9.1. La humildad

La primera y principal es la humildad. Antes del cristianismo la humildad no se consideraba ni siquiera como una virtud. El mundo antiguo consideraba la humildad despreciable. En los días antes de Jesús la humildad se consideraba una cualidad cobarde, rastrera, servil e innoble; sin embargo, el cristianismo la colocó a la cabeza de todas las virtudes. La humildad cristiana se basa en el conocimiento propio, en la contemplación de Jesucristo y en las demandas de Dios.

9.2. La mansedumbre

La segunda de las grandes virtudes cristianas es la que la versión Reina-Valera llamaba mansedumbre y que hemos traducido por amabilidad o cortesía. Es el hombre que está tan controlado por Dios que se indigna cuando debe indignarse y nunca cuando no debe.

9.3. La paciencia

En griego es makrothymía. Es la palabra griega característica para paciencia con las personas. Es el espíritu que tiene poder para vengarse, pero no se venga. Es el espíritu que se niega a la revancha. Es el espíritu que soporta los insultos y las injurias sin amargura ni queja. Es el espíritu que puede sufrir a las personas desagradables con cortesía y a los tontos sin irritarse.

9.4. El amor

La cuarta gran cualidad cristiana es el amor. El amor cristiano era algo tan nuevo en el mundo antiguo que los escritores cristianos tuvieron que usar una palabra muy rara en griego, dándole un sentido totalmente nuevo: “agapé”. El sentido auténtico de agapé es una benevolencia a toda prueba. El tener agapé hacia una persona quiere decir que nada que esa persona haga o nos haga nos hará buscar para ella sino lo mejor posible. Aunque nos perjudique e insulte, nosotros no sentiremos nunca hacia ella más que amabilidad y benevolencia. Esto quiere decir que este amor cristiano no es meramente un sentimiento emocional. Este agapé es algo, no solamente de las emociones, sino también de la voluntad. Es la habilidad de mantener una buena voluntad inconquistable con los que no la tienen con nosotros, ni son amables, ni nos gustan.

9.5. La paz

Estas cuatro grandes virtudes de la vida cristiana -humildad, amabilidad, paciencia y amor- desembocan en una quinta: la paz. El consejo y la exhortación urgente de Pablo son que los que lean su carta tengan un interés especialísimo en mantener «la sagrada unidad» que debe caracterizar a la verdadera Iglesia. La paz se puede definir como la debida relación entre las personas. Esta unidad, esta paz, esta debida relación, se puede conservar solamente de una manera. Cada una de las cuatro grandes virtudes cristianas depende de la negación del yo. Mientras el yo sea el centro de todas las cosas, esta unidad no podrá existir nunca plenamente. Cuando el yo muere y Cristo se aposenta en su lugar en nuestros corazones, entonces se produce la paz, la unidad, que es la característica suprema de la verdadera Iglesia.

Pablo luego pasa a establecer las bases sobre las que se funda la unidad cristiana.

9.6. Hay un solo Cuerpo

Cristo es la Cabeza, y la Iglesia es el Cuerpo. Ningún cerebro puede controlar un cuerpo que está desintegrado en fragmentos. Si no hay una unidad coordinada en el cuerpo, los designios de la cabeza se frustran. La unidad de la Iglesia es esencial para la obra de Cristo. Eso no quiere decir una unidad mecánica de administración y de organización humanas; sino tiene que ser una unidad basada en un común amor a Cristo y de los miembros entre sí.

9.7. Hay un solo Espíritu

La palabra “pneuma” en griego quiere decir tanto espíritu como aliento. Es de hecho la palabra corriente para aliento. A menos que haya aliento en el cuerpo, el cuerpo estará muerto; y el aliento vitalizador del Cuerpo de la Iglesia es el Espíritu de Cristo. No puede haber Iglesia sin el Espíritu; y no se puede recibir el Espíritu más que sometiéndose a Cristo como Señor.

9.8. Hay una sola esperanza de nuestra vocación

Todos estamos en marcha hacia la misma meta. Este es el gran secreto de la unidad de los cristianos. Nuestros métodos, nuestra organización, hasta algunas de nuestras creencias puede que sean diferentes; pero todos nos esforzamos para alcanzar la meta de un mundo redimido en, por y para Cristo.

9.9. Hay un solo Señor

La primera forma de credo que surgió en la Iglesia Primitiva fue una breve frase: “Jesucristo es el Señor” (Filipenses 2:11). La palabra que usa para Señor es “Kyrios”. Las dos formas en que se usa en el griego corriente muestran algo de lo que Pablo quería decir. Se usaba para amo, en contraposición a siervo o esclavo. Y era la manera normal de referirse al emperador romano. Los cristianos están unidos porque son propiedad y están al servicio de un Dueño y Rey.

9.10. Hay una sola fe

Pablo quiere decir que todos los cristianos están unidos porque han decidido rendirse totalmente al amor de Jesucristo. Puede que lo describan de diferentes maneras; pero, sea como sea, la rendición es algo que todos tienen en común.

9.11. Hay un solo bautismo

En la Iglesia Primitiva el bautismo era corrientemente de adultos, porque los hombres y las mujeres llegaban directamente del paganismo a la fe cristiana. Por tanto, antes que ninguna otra cosa, el bautismo era la pública confesión de fe. No había nada más que una manera de incorporarse al ejército romano: el que quería ser soldado de Roma tenía que hacer un juramento de fidelidad hasta la muerte al emperador. De la misma manera, no había nada más que una forma de ingresar en la Iglesia Cristiana: mediante la pública confesión de fe en Jesucristo.

9.12. Hay un solo Dios

Veamos lo que dice Pablo acerca del Dios en quien creemos.

- a. Dios es el Padre de todos; en esa frase se encierra el amor de Dios. Lo más grande que podemos decir del Dios de los cristianos no es que es Rey, ni que es Juez, sino que es Padre. La idea cristiana de Dios empieza por el amor.
- b. Dios está por encima de todas las cosas. En esa frase se encierra el control de Dios. Independientemente del aspecto que presenten las cosas, Dios está en control. Puede que haya diluvios; pero «El Señor preside en el diluvio» (Salmo 29:10).
- c. Dios está detrás de todo; en esa frase se encierra la idea de la providencia de Dios. Dios no creó el mundo y lo puso en marcha como puede hacer un relojero con un reloj, dándole cuerda y dejándolo hasta que se le acabe. Dios está detrás de todo este mundo guiándolo, sosteniéndolo y amándolo.

El Evangelio nos dice que vivimos en un mundo que ha sido creado por Dios y que está controlado por Dios, sostenido por Dios y lleno de Dios.

Finalmente hay otro pensamiento que impacta a Pablo. Jesús ascendió a las alturas, pero no para dejar el mundo abandonado; ascendió a las alturas para llenar el mundo con Su presencia. Cuando Jesús estaba aquí personalmente, no podía estar nada más que en un sitio a la vez; se encontraba con todas las limitaciones del cuerpo; pero cuando dejó este cuerpo y volvió a la gloria, se vio libre de las limitaciones del cuerpo y pudo estar en todas partes, en todo el mundo, mediante Su Espíritu. Para Pablo, la ascensión de Jesús no quiere decir que abandonó el mundo... sino que lo llenó.